

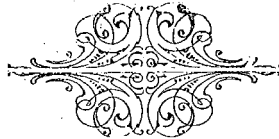
INAUGURACION

DE LA

SECCION ARGENTINA

EN LA

Biblioteca Nacional de Quito



QUITO

IMPRENTA NACIONAL

1926

INAUGURACION

de la Sección Argentina en la Biblioteca
Nacional de Quito

LA PRENSA

Una Hermosa Fiesta Cultural

*Inauguración de la sección Argentina en la Biblioteca
Nacional.—Hermosos y magistrales discursos.—
El pensamiento argentino y el ecuatoriano.—
Un obsequio significativo.*

Hermosa fiesta del espíritu la de la tarde de ayer, en que un público selecto recibió a los augustos embajadores del pensamiento argentino que llegaban, en su visita de galas ideológicas, al corazón de Quito.

En el santuario de la Biblioteca Nacional estuvieron a recibirles el señor Presidente de la República, doctor Ayora, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, encargado de la cartera de Instrucción Pública, doctor Viteri Lafronte, el Ministro de lo Interior, señor Moreno, los Excmos. señores Ministros de Chile y de Venezuela, el señor Subsecretario del Ministerio de Guerra, Coronel Chiriboga, el señor Gobernador de la provincia, miembros de las Academias Española y de la Historia, como el Dr. Luis Felipe Borja, don Celiano Monge, el Subsecretario

de Relaciones Exteriores señor Larrea, el señor Vicerrector de la Universidad, doctor Cabeza de Vaca, decanos de otras Facultades, el señor director general de los Normales, miembros de la prensa y otros distinguidos caballeros.

El salón máximo de la Biblioteca presentaba hermoso golpe de vista por la sobria ornamentación y el arreglo de los volúmenes. Allí se admiraban los venerables autógrafos y antiqüísimos documentos, desde el año 1553; allí las figuras excelsas de prohombres y luchadores como Espejo, Mejía, Moncayo, Montalvo; allí las joyas del arte, los cuadros valiosísimos coloniales; allí los bustos de mérito, todo bien distribuído y ordenado.

Llegados a la sección argentina, el Exmo. señor Ministro doctor Ricardo Olivera, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la gran República del Sur, en un bellísimo discurso, hizo la entrega de los ricos volúmenes, enumerando, como Virgilio que evocaba la memoria de Anquises, las antiguas y modernas glorias argentinas, desde el prócer y Déan Funes, hasta Ingenieros, desde Sarmiento y Alberdi y Mitre, hasta Mármol, Andrade, Bunge y cien esclarecidos varones. El desfile erudito y deleitable arrancó nutridos aplausos. Se escucharon en seguida, religiosamente, los aires del marcial Himno Argentino.

El señor doctor Homero Viteri Lafronte en un arranque hermoso de improvisación demostró su vasta cultura, enumeró a muchos magníficos autores argentinos que completaban la embajada espiritual y abundó en ideas felices y oportunas que fueron muy aplaudidas. ¡Lástima que no hayamos podido tomar algunas apuntaciones de su magistral improvisación, que destaca al hombre erudito y familiarizado con los más modernos pensadores del Plata!

Agradeció, también, el doctor Viteri por el arribo de tantos cerebros llenos de luz y de prestigio en América.

A continuación el señor director de la Biblioteca don Cristóbal de Gangotena y Jijón leyó un magnífico discurso, lleno de recuerdos históricos y de selectos pensamientos, agradeciendo, como jefe de la Casa de las Letras, la honrosa e inolvidable visita de los varones representativos de la Argentina, análogo, en otro orden de cosas, cultural y

pacífica, a la de los guerreros máximos, Bolívar y San Martín, que se abrazaron en las playas de Guayaquil, en época memorable, en que se trató de la suerte de América.

Esta fiesta de la inteligencia, en suma, tendrá resonancias duraderas y es de inmensa significación americanista.

Gracias, señor Ministro Argentino, a nombre del pueblo ecuatoriano, por la noble y gentil participación en recibir a la fulgurante caravana que de vuestra patria y de los fomentadores de las bibliotecas populares, arribó a la nuestra.

Al concluir se repartió un elegante folleto: el catálogo de las numerosas obras que integran la Sección Argentina de la Biblioteca Nacional de Quito, inaugurada el 12 de mayo de 1926.

(De El Comercio).

DISCURSOS PRONUNCIADOS

El Ministro de la República del Plata, Excmo Sr. Dr.

Ricardo Olivera, dijo:

Excmo. señor Presidente de la República,
Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores,
Señor Director de la Biblioteca Nacional,

Señores:

Esta fiesta de la fraternidad intelectual de dos pueblos, ligados desde el alba de sus nacionalidades por la común elaboración de sus gestas magnas, cobra un significado excepcionalmente valioso con la presencia del Primer Magistrado, de los Excmos. señores Ministros, de mis colegas del Cuerpo Diplomático, y de tantas otras personalidades, como aquí voy percibiendo con atención avara, para fijarlas en lo mejor de mi memoria. Séame, pues, previo, agradecer sentidamente estos concursos, que trascienden la amistad, y de modo especial la honrosa asistencia del Excmo. señor Presidente.

Ninguna ceremonia oficial más grata a mis aficiones predilectas que ésta, cordialísima, en la cual, con íntima complacencia, tócame ejercitar mi representación Plenipotenciaria, en la silenciosa ciudad de los libros, engalanada para acoger cofrades afines, que llegan de lueñas tierras, con el mensaje afectuoso de una cultura aledaña en los orígenes, en los desenvolvimientos y en la finalidad.

Desde los lontanares patrios, trajo la pequeña carabana, camino que pudo aprender, lo mismo en su leyenda que en su historia. A la vera de la ruta trillada por los héroes, los espíritus de inmortales peregrinos de su raza, habránle anticipado en las etapas, con el acento aún conmovido por la gratitud, cuanto es de cariñosa y de bella, la apacible metrópoli que les aguarda. Vivísimas serían sus descripciones de Quito, cuyos son los blasones del antiguo arte americano, las arquitecturas monumentales, San Francisco, con severidades del Escorial herreresco, la Compañía, suuntuosa como el Gesú romano, las tallas y los óleos famosos, el Santiago y el Caspicara.

Fue quizás, entre los primeros, Tomás Guido, diplomático y general, este Grande que la posteridad mantiene tan inseparable de San Martín, como el propio Libertador lo quisiera, los afanes creadores de sus vidas ejemplares. Adelantaríaseles a Puná navegando el río maravillosamente lujurioso, establecida de inmediato la confianza terruñera, habrales ido recorriendo, el enigma pertinaz de la Entrevista.

Cuando enfrentaron en Riobamba, la colina del Combate estupendamente hazafioso, Juan Lavalle, trasmutado en materia imperecedera al templo de su sable invencible, curyara, sin duda, su arrogancia, y de la columna de ideas en marcha pareceme, se desprendieron, para hacerle el homenaje de su vuelo sonoro, los Cóndores de Andrade.

Sobre la falda mansa de la paralela montaña verdeante, en una fila de frailes que en el reclamo melancólico del Angelus, cruzaba el huerto del quieto Convento Franciscano, divisaron reverentes, santamente absorvido en la meditación, a Fray Mamerto Esquiú, espejo y suma de varones evangélicos, aplacado en esa paz recoleta, andina como su cuna, aquel delirio de humildad que moviera su desesperada fuga de las pompas episcopales.

Aproximando al Puente del Machángara, obscurecido para ellos por una visión obsedante de tragedia y de martirio, obligóles la atención, tanto como luego el respeto, la prestancia de un caballero como de cuarenta años, vestido y tocado con cuidado elegante y hasta sobra de perfumes y de joyas. Saludóles, ceremoniosamente Bernar-

do de Monteagudo, personificación la más alta del verbo expansivo y emancipador de la democracia argentina: bajo ninguna abvocación más prestigiosa cabía iniciarse en la Capital hospitalaria. — Monteagudo, familiar de la aventura y de la adversidad, debió hablar, sin dejar amargo, de su reciente ministerio peruano junto al Protector, y leerles algún capítulo de la Memoria que le ocupaba. Terminada la merienda, hubo de invitarles a pasar la velada, con la flor de las hermosas y de los discretos de aquella sociedad que le mimaba, en el estrado, todavía con fragancias coloniales, de la señora Marquesa de San José, que a través de las generaciones, prolonga su ascendiente de gracia, sobre la ciudad nativa.

Autójase me sea también Monteagudo, el que condujo la ilustre compañía, hasta el pórtico de este palacio, cogido alternativamente del brazo de los conmlitones insignes, de quienes recibiera y a quienes pasara, la antorcha inextinguible del mito helénico, comentando con Mariano Moreno los editoriales inflamados de «La Gaceta», con Echeverría el *Dogma Socialista*, con Alberdi las *Bases*, con Mitre la oración augusta del jubileo u oyendo deferente al olvidado présaga wilsoniano, su doctrina de la victoria sin derechos, y al Presidente del sufragio libre, el discurso, para siempre célebre, en que abriera gallardamente, sin una resistencia y sin un egoísmo, toda su América a toda la humanidad.

Detrás seguían sin rigideces protocolares, en grupos compuestos por la simpatía, renovando el condiscipulado de las Universidades próceres o la milicia compañera en empresas memorables, copia de los más esclarecidos ingenios de mi pródiga tierra lejana. Barco de Centenera, fiero del bautizo irrevocable y Ruy Díaz de Guzmán, con la altivez de su linaje de adelantados y caciques, flanqueaban respetuosos al Padre Lozano, cargado de cartas anuas. Con las fortunas del Peregrino, Tejada procuraba consolar a Labarden sus soledades del "Paraná, sagrado río". El Déan Funés discurría gravemente con Gorriti, y Juan María Gutiérrez elogiaba a Rafael Obligado. Hernández y Ascáubi hacían cantar a *Santos Vega* y a *Martín Fierro*. Juan Cruz Varela relataba a Mármol su *Dido* inter-

pretada por Casacuberta y Trinidad Guevara. Sarmiento en el centro, venía solo. Miguel Cané, el tercer López, Eugenio Cambacerés, Martín García Merou, Lucio Mansilla, convenían en la última inutilidad del demasiado ambular, con la sentencia del Profundo de la Imitación. Al fondo Carlos Octavio Bunge hablando de *Nuestra América* a José Ingenieros, enfrascado en *La evolución de la Sociología*. A su lado, con el desembarazo del breve bagaje de su docena de ensayos, Emilio Becker, sus ojos perdidos en el idéntico azul, sonreía de la suprema vanidad de los autores, recordando con su maestro amado, que el más clásico de los libros, como tela de Penélope se hace y se rehace, a travéz de la visión diferente de cada lector.

... He aquí llegada nuestra pequeña caravana. Salíóle al encuentro el Señor de las letras que preside esta su casa y con la hidalguía de su estirpe castellana, ya veis la generosa solicitud con que le brindara aposento, y compartimos, reconocidos la fiesta con que ha querido presentarla. Queden los embajadores espirituales de la República Argentina, en la eterna encarnación del libro, sirviendo con la lealtad de su nación, a la obra solidaria de la civilización americana, en el hogar de Rocafuerte y García Moreno, de Olmedo y de Montalvo, pares entre pares.

Las vibrantes y originales palabras del culto Representante de la República Argentina, fueron contestadas, en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, encargado de la Cartera de Instrucción Pública, por el Dr. Homero Viteri Lafronte en una magnífica improvisación en la que recorrió los preclaros nombres de los principales pensadores, literatos, científicos, poetas y educadores de la Nación Argentina, antiguos y modernos, dedicando algunas sentidas frases al maestro Ingenieros, tempranamente arrancado a la vida.

El Señor Don Cristóbal de Gangotena y Jijón

Director de la Biblioteca Nacional, dijo:

Excelentísimo señor Presidente de la República;

Excelentísimo señor Ministro de la República Argentina;

Señores Ministros;

Señores:

En esta fausta ocasión para la Biblioteca Nacional de Quito, mis sencillas frases no pretenden, en manera alguna, contestar al elocuente discurso del Exmo. Señor Olivera, que acabamos de oír. Mis palabras sólo traen, en este acto, el agradecimiento del Instituto que tengo el honor de dirigir.

* * *

El 26 de Julio de 1822 entraba en el Golfo de Guayaquil la flotilla que conducía al Generalísimo don José de San Martín, el héroe del Sur.

Bolívar, el Genio máximo de nuestra epopeya, le esperaba en la playa, ansioso de estrechar entre sus brazos a quien, como él, habíase consagrado a la santa causa de libertar a los pueblos.

Los dos hombres más grandes de la América hispana fundían sus ideales en un abrazo fraternal, y, en aquel abrazo de los dos representantes de la gloria de la Raza, presentábase el Continente indo-español en unidad magnífica ante los ojos del Mundo.

Las velas que hasta nuestro puerto condujeron a San Martín nos trajeron también el mensaje de confraternidad del pueblo que tuvo la dicha y la gloria de engendrar tal héroe.

En la histórica conferencia de los dos gloriosos guerreros se fijó la suerte de América, se cimentaron los principios que habíau de gobernar el mundo nuevo, y la solidaridad entre los pueblos del Continente quedó definitivamente establecida.

La entrevista de Guayaquil tuvo inmenso alcance en la historia política del hemisferio austral: fue, además, el principio fecundo del mutuo conocimiento de pueblos que, si bien de igual raza y procedencia, se desconocían entre sí, en el aislamiento en que, durante los siglos del coloniaje, se habían mantenido.

Ahora, ya no son las glorias políticas, no es el laurel bélico, ni el hombre inmortalizado y divinizado por los fulgores de su invicta espada quienes vienen a nosotros. Es el genio pacífico, el de las artes de la paz en el enjambre de sus múltiples cultores, quien viene a visitarnos.

Como en las playas de Guayaquil Bolívar recibió, con los brazos abiertos, a San Martín, así han sido recibidos en este templo de la ciencia los representantes del pensamiento argentino, por los manes de nuestros maestros en el saber y en el *gay-decir*. Sarmiento, al penetrar en la Biblioteca Nacional de Quito ha sido fraternalmente recibido por nuestro Cosmopolita. Montalvo, con el publicista argentino, tiene muchos puntos de contacto: ambos combatieron con sus magníficas plumas a la tiranía; engendraron los dos el anhelo de libertad de sus patrias. Si el verbo inflamado de Montalvo echó abajo la tiranía, Sarmiento forjó con sus escritos la conciencia popular de su tierra natal.

Y así como Sarmiento se ha encontrado bajo este techo con nuestro Don Juan, así otros famosos espíritus que aquí palpitan no están solos. Genios hermanos los han recibido también: a poetas como Olegario Andrade los han recibido los manes de Juan León Mera, de Cordero, de Llona, de Olmedo; Avellaneda, Alvear, Alberdi, Mitre se han abrazado con Rocafuerte; Vicente Quesada, Carette, conversan ahora con Luis Felipe Borja, y los versos armoniosos y magníficos de las Montañas de Oro de Lugones son escuchados con fruición por nuestros poetas.

¡Quién sabe qué fiestas del talento se celebran, entre tantos genios, en el silencio de la noche, en este recinto! Ya dijo Anatole France que no hay lugar más a propósito para la aparición de fantasmas que una Biblioteca. Es en esta torre de marfil en donde subsiste verdaderamente la personalidad de quienes traspasaron el dintel de la vida

miserable dejando una estela de luz: el cementerio guarda de ellos sólo el percedero polvo: aquí está el vivo espíritu latente e inmortal en su prístina actividad.

El estudioso siéntese, por tanto, sobrecogido en esta asamblea venerable del talento. Piensa que pudiera acontecerle lo que a Anatole France con el espíritu del antiguo Cadmo, y que tomaron apariencia real tantos espíritus ilustres que le rodean, y pusiéranse a departir sobre las varias disciplinas del humano saber.

Pero de estos hermanos que han venido a traernos el magnífico dón de su saber, de su elocuencia, de su doctrina o de su arte, no esperamos la ironía de que Cadmo dió pruebas cuando conversaba, en el silencio de su gabinete, con el célebre escritor francés. A Cadmo no le interesaban las ideas que France pudiera verter sobre el papel: tenía solamente curiosidad de observar cómo había evolucionado la escritura fenicia inventado por él para sus cuentas de hábil mercader o de incansable navegante. Los escritores que ahora se apiñan en estos anaqueles vienen animados de sentimientos fraternales. Vienen como San Martín vino, a hacer obra de solidaridad americana.

Bien venidos sean estos heraldos de la cultura argentina. En la Biblioteca Nacional de Quito están en su propia casa, y en amable compañía.

Para terminar no me queda sino cumplir con el grato deber de agradecer, como lo hago con toda efusión, a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, de la República Argentina, y al muy ilustrado Gobierno del Plata, por el generoso obsequio que se han dignado hacer a esta Biblioteca Nacional. Vos, Excmo. Señor Ministro de la Argentina, dignaos, coronando la gentileza de los vuestros, haceros eco del reconocimiento de la Biblioteca Nacional de Quito. Dignaos significar a vuestro Gobierno el agradecimiento con que ha sido recibido su presente, que me ha sido tanto mas grato recibir, cuanto sois vos, Señor, que tantas simpatías habeis sabido ganaros en este país, quien me ha hecho la entrega formal.